

---

## CAPÍTULO V.

Donde se espera mucho y no resulta nada.

A los que conocen el interés que inspira una pared detras de la que sucede algo, no les parecerá increíble que los amigos de Miguel, sabedores de que iba á ser presentado á Lord Walbrook en su misma casa, esperarán con impaciencia el resultado de la visita, concibiendo la risueña esperanza de saber auténticamente á qué atenerse respecto al inagotable y manoseado asunto de la berlina misteriosa.

Que algo extraordinario ocurría en el silencioso é impenetrable palacio de Lord Walbrook, era indudable. No se concebía aquella existencia solitaria, apartada de toda comunicacion, alejada de todo trato, aislada en medio del mundo, sin sospechar que existía

algun secreto poderoso que le imponía aquel género de vida tan impropio de su edad, de su fortuna y de su posición. Bueno que el opulento Lord no fuera completamente sociable, pero en su calidad de inglés, y de inglés ilustrado, se hallaba muy lejos de ser un salvaje.

Si en efecto Lord Walbrook prefería la soledad al bullicio del mundo, ¿por qué vivía en Madrid teniendo desiertos en África y bosques vírgenes en América? Si le gustaba la vida oscura, insignificante, de cualquier *pelagatos*, ¿por qué habitaba un palacio suntuoso y tenía á su servicio magníficos trenes viviendo como un príncipe?..... Si quería ser desconocido, ¿por qué se hacía visible? Si quería ser ignorado..... ¿por qué era rico?

Claro está que Lord Walbrook hacía vida de cartujo obligado por algún motivo oculto, poderoso, que lo alejaba de la sociedad, en la que sus libras esterlinas habrían hecho el papel más brillante. Mas ¿qué motivo podía ser ése? Hé ahí el secreto. Secreto en el cual debía esconderse necesariamente una

historia que por fuerza había de ser interesante.

¿Sería una mera excentricidad? Al fin se hubiera convenido en esto si la atención pública no hubiera empezado á fijarse en la berlina siempre cerrada, que fué como echar leña al fuego, dando nuevo pábulo á las suposiciones y más vivo estímulo á la curiosidad, que se deshacía en conjeturas.

Con estos datos á la vista comprenderemos la ansiedad de los amigos de Miguel, que reunidos en su casa esperaban noticias fidedignas de lo que había dentro de aquel palacio, donde más de un curioso intentó penetrar inútilmente.

Esperaban á Lanuza, Guillen, Medina, Matusalem, Ponce, el director de *El Oriente* y el marino; aquel marino de la triple alianza que conocimos pretendiendo la mano de la criolla.

La conversacion era animada, aunque era triste el asunto de la conversacion, que por otra parte no debía ser muy agradable para Matusalem, segun el gesto que ponía.

Ponce fué el que la entabló diciendo:

—Señores, ¿querrán ustedes creer que todos los días pienso en el lance de Lanuza y del pobre Duque, y todavía no he podido explicarme cómo fué aquello?

—Sí, dijo el marino; aquello fué un abrir y cerrar de ojos; la estocada del Duque fué un relámpago.

—Pero la de Lanuza, añadió el director de *El Oriente*, fué un rayo.

—¡Pobre Marquesa! exclamó Guillen rascándose la frente. Ya hace siete meses que ocurrió el caso y todavía no se la ha visto en ningún sitio público. No recibe más que las visitas absolutamente inevitables. De sus amigos sólo la vemos con frecuencia el General y yo. En fin, no recibe ni al insigne Alejandro.

Todas las miradas se volvieron hacia Matusalem, que se encogió de hombros y tosió, y dijo:

De todas maneras hay que convenir en que la Marquesa era ya un sol que se acercaba á su ocaso, y por consiguiente no es preciso mucha astronomía para comprender que se acercaba el eclipse total de su belleza.

No quisiera ser injusto, pero todos sabemos que las mujeres demasiado celebradas, cuando conocen que los encantos empiezan á abandonarlas, aprovechan la primera ocasión que se les ofrece para emprender una hábil retirada.

—No paso por eso, replicó Ponce con viveza. En el caso presente no tiene aplicación esa regla, porque se trata de una mujer que está en el esplendor de la hermosura; yo no cuento sus años, cuento sus atractivos. ¡Demonio! es una gran mujer..... una mujer superior. No conozco un hombre que no se creyera el más dichoso de los mortales si conquistara su cariño y obtuviera su mano. Es una mujer por la cual me batiría con un regimiento.

—Cualquiera diría, advirtió el director de *El Oriente*, que le ha hecho á V. concebir un amor desesperado.

—No, contestó Ponce; nada de amor..... yo no tengo tiempo para dedicarme á las pasiones de novela. Es admiración lo que realmente me inspira.

—Llámele V. ache, replicó Medina.

Le llamaré lo que V. quiera; me es indiferente.

Guillen intervino diciendo:

—Cerca andan la admiración y el amor, pero no son la misma cosa. Una mujer puede producir indistintamente cualquiera de esos dos fenómenos, que me atrevo á llamar psicológicos, ó si ustedes quieren, fisiológicos. No crean ustedes que hago una distinción demasiado metafísica. Yo soy el primero en admirar el mérito ecuestre de esos prodigios femeninos, verdaderos asombros de agilidad y de destreza que solemos ver en los círculos olímpicos. Pues bien, admiro esas mujeres, y sin embargo no me casaría con ninguna de ellas.

—La comparación es algo violenta, dijo el director de *El Oriente*, porque nuestra bella Marquesa, aunque monta muy bien á caballo, no posee, que sepamos, ninguna de esas habilidades que aplaudimos en los círculos.

—Ciertamente, contestó Guillen; la admiración que puede causarnos la Marquesa es de otro género; mas si no pertenece su

principal mérito al prodigio de los ejercicios gimnásticos, pertenece á la gimnasia del espíritu, á la gimnasia del alma. El mundo ha admirado su belleza, su *sprit*, su opulencia, pero no la conoce por su lado sublime.

Matusalem quiso interrumpir al orador, pero Ponce con un ademán expresivo detuvo la palabra pronta á salir de sus labios, al mismo tiempo que dirigiéndose á Guillen, le decía:

Siga V., doctor, siga V.

—Sería inútil, porque se reirían ustedes de mis palabras; yo mismo me río cuando lo pienso á solas; y sin embargo, cuando la veo, cuando la oigo, no puedo reirme; me siento sobrecogido, subyugado; hace cosas que me admiran, más aún, que me conmueven, y salen de su boca pensamientos que me deslumbran. Parece que vive en otro mundo; que ve las cosas al través de otra luz distinta de la que á nosotros nos alumbraba; en una palabra, me parece que un espíritu superior, muy superior, reside dentro de ella. Toda mi ciencia se detiene indecisa,

suspensa, ante el singular fenómeno que ofrece á mi estudio.

—Está loca, dijo Matusalem, y eso es todo.

—¡Loca!..... exclamó Guillen dando un violento golpe con la palma de la mano sobre el brazo de la butaca en que se hallaba sentado. ¡Loca! ¡loca!

Ponce, que escuchaba al doctor atentamente, le preguntó:

—¿Padece mucho?

—No, contestó Guillen; todo lo contrario; es la mujer más feliz de la tierra. Entiéndanme ustedes bien; no alegre y risueña, sino feliz y tranquila.

—Entonces, dichosa ella, añadió Medina.

—Por supuesto, dijo el director de *El Oriente*. Mucho quería á su hermano y el trance fué terrible, pero examinadas friamente las cosas, el suceso no tiene nada de extraordinario; ocurre con frecuencia, y no hay motivo para desesperarse por una desgracia á que todos estamos expuestos; es, pues, muy natural que se vaya consolando.

—Hay que tener en cuenta, advirtió el marino, que al fin y al cabo se ha quedado sola en el mundo, y eso no deja de ser triste.

—¡Sola!..... exclamó Medina. Sola y posee muy buenas rentas, que su desgracia habrá duplicado probablemente, puesto que habrá heredado el título y los bienes del Duque.

—Estás en un error deplorable, y tu aritmética es horrible, y además falsa. La Marquesa vive reducida á lo absolutamente necesario, y seré más exacto si digo que no posee nada.

Así replicó Guillen á Medina, causando con sus palabras visible sorpresa en todos los que se hallaban presentes.

—¿Cómo es eso! exclamaron algunos á la vez.

—Siendo, contestó el doctor. La Marquesa no tiene nada suyo.

—Pues ¿quién la ha despojado de su fortuna? preguntó Matusalem.

—¿Quién?..... una familia numerosa, que según dice ella misma, todos tenemos. Familia, añade, con la que debemos partir nuestros bienes, nuestras alegrías y nuestro

corazon. Los pobres, á quienes busca en los más ocultos rincones de la miseria, de la abyeccion y del abandono. Vamos, es una monomanía. Yo sé lo que hace, porque en mi calidad de médico la acompaño muchas veces, teniendo que subir á las más miserables boardillas ó bajar á hediondos sótanos donde siempre hay algun enfermo que yo receto, miéntras ella con sus manos de princesa lo limpia, lo asea, le aplica los medicamentos, lo anima con dulces palabras y hasta lo besa. Sí, señores. Anoche me llamó apresuradamente. Me hallaba yo presidiendo el congreso médico en el momento en que la discusion luminosa me llevaba como por la mano á la curacion de la tisis, cuando me entregaron un billete diminuto, en el cual me decia: «Guillen, pronto, venga V., es urgentísimo.» Y dicho y hecho, abandoné el sillón, tomé el primer coche que encontré en la calle, diciéndole al cochero: Una carrera de un minuto y un duro de propina. Llegué á casa de la Marquesa ántes de un minuto, porque el dinero hace milagros. Subí, y ya me esperaba envuelta en un abrigo suma-

mente modesto, y con el semblante lleno de alegría, me dijo: «Doctor, ¡qué desgracia tan grande! Vamos corriendo, y se colgó á mi brazo, y empujándome me arrastró como un torbellino. Aun estaba en la calle el coche que yo acababa de dejar, y lo tomamos, encontrándonos poco despues al pié de una escalera estrecha, lóbrega, muy pendiente, que se elevaba en tramos interminables. Comenzamos á subir, yo despacio y la Marquesa tan de prisa como si subiera al cielo, y tuve que seguirla. Era una ascension penosa, que no se acababa nunca. Y vean ustedes lo que son las cosas. Salia de una asamblea de sabios, donde á la luz de la ciencia se buscaba el remedio de una enfermedad incurable, y me encontraba á los diez minutos subiendo una escalera estúpida, verdaderamente empírica, casi oscura, y mi espíritu filosófico me llevó sin saber cómo á la reflexion siguiente: El congreso médico, subiendo por el esplendoroso camino de la sabiduría, busca la curacion de la tisis y no la encuentra, y hé aquí una escalera lóbrega é ignorada que me está diciendo bien clara-

mente la manera de adquirir la tísis. Aquella escalera se me representó fantásticamente como una carcajada arrojada al rostro de la ciencia. Sentí por un momento vergüenza de ser sabio, y continué subiendo detras de la Marquesa, que devoraba los escalones.

Llegamos al término de la escalera y nos encontramos un largo corredor con una serie de puertas numeradas como los calabozos de una cárcel, como si la miseria fuera un delito. Delante del número 7 se detuvo la Marquesa como si quisiera escuchar, pero no oyendo nada, empujó más bien que llamó á la puerta, ésta se abrió y entramos. Imaginen ustedes un techo inclinado, un techo que se viene encima, partido por el hueco de un tragaluz, al pié del que humeaban perezosamente unos cuantos carbones dentro de un barreño de barro, que contenia un pequeño puchero. En el ángulo de la izquierda habia un jergon sobre el suelo, y al rededor de esta cama un enjambre de chiquillos apretados unos con otros, medio desnudos, como si quisieran comunicarse unos á otros calor, aliento y vida. A la cabecera de la

cama se veía una mujer, apoyados los codos sobre las rodillas y casi oculto el rostro en los huecos de las manos. Sobre el jergon estaba el enfermo.

Guillen hizo alto para respirar, porque todo eso lo habia dicho precipitadamente, como quien desea pasar pronto. Todos permanecieron silenciosos esperando el fin del relato, y el doctor prosiguió diciendo:

—El enfermo era, y es, un pobre militar, que reunia tres veces un número fatal. Yo no soy supersticioso, la ciencia es enemiga de toda supersticion..... pero hay coincidencias..... esto es innegable..... En el pobre militar enfermo se daba la siguiente combinacion: reunia siete heridas, siete cruces y siete hijos. La sorpresa que causó nuestra presencia hizo que se volvieran hácia nosotros los semblantes que formaban aquel cuadro de ánimas. La mujer alzó sus ojos desconsolados y se encontró con la sonrisa de la Marquesa, que inclinada para no tropezar con la cabeza en el techo, le decia: Señora, no hay que afligirse; aquí viene un médico que nos dará á todos consuelo y es